

Suscripción:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Año II. Murcia 27 de Octubre de 1889. Núm. 70.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, á precios
módicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 15 céntimos.

Redacción y Administración
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria

LA TORRE DEL CASTILLO

LEYENDA

I

Se hundían en el poniente los rayos del Sol. Haces de oro que ríen en el espacio, como en los labios de los querubines jugueteaban los besos de amor.

Arrebujadas en densas gasas de color obscuro, se levantaban de sus fosas las sombras horribles que llenan de miedo en la noche tranquila.

La niebla todo lo envolvía. El pensamiento se perdía en recuerdos y en creaciones á que daba forma y vida.

¡Que cuadro tan triste contemplaban los ojos!

Ni el rumor más leve se escuchaba por doquiera. Las hojas mecidas suavemente por el céfiro, se agitaban murmurando silenciosas frases. El cantor y pintado gilguero, ese tenor de la selva, había escondido su pequeña cabecita entre las plumas de las quietas y plegadas alas.

Cantaba la naturaleza ritmos de melancolía eterna, á esas perezosas horas que trascurren pausadamente, en medio del concierto de gritos y vuelos de la fantasía.

Coronando al silencio se erguía esbelta, muda, gigante la torre del Castillo.

De ese secular edificio que levantó el árabe, en medio de la extensa llanura.

Sus pardos muros acusan los combates de siete siglos; tiempos que ennegrecían sus piedras, cual si quisieran con ello dejar memoria de una existencia fugaz.

Todo era sombrío en el castillo. Desde los graves arcos y las cornisas que cubría el polvo, hasta los lúgubres y húmedos subterráneos, don-

de el duende ó el alma en pena mora solitaria...:

Voy á contaros la historia, que motiva mi leyenda, pues el profacio me parece ya extenso.

II

Por los años mil quinientos, habitaba el señorial castillo un poderoso conde de aquellos de caldera, pendon, horea y cuchillo.

Su mesnada era considerada por los reyes como de las más importantes, aguerridas y leales.

El conde, que frisaba en los cuarenta años, cuando mi relato toma origen, había conocido en una de las cortesanas fiestas á la hermosa entre las bellas; la hidalga entre los nobles y la pretendida entre las solicitadas, por los enamorados galanes. Dama de añeja estirpe, cuyos amores serían la felicidad de los bizarros caballeros del reino. Feliz quien llegase á obtener sus correspondencias y amorosas distinciones.

Nuestro conde, sintió algo extraño que hacia ella le impulsaba.

Llegó á amarla y obtuvo el cariño de la hermosa.

Poco tiempo después, ante la imagen santa de la madre de Dios, se juraron los dos amantes eterna fidelidad.

Habían trascurrido dos años.

Perdidos entre la enramada del bosque dos enamorados, se prometían un mundo de risueños placeres. Uno y mil besos, formaban rumor de extraños aleteos. Los labios ardientes se juntaban y el éxtasis transportaba dos almas á regiones de paz y ventura.

Un rayo de la luna, que había rasgado el paño de negras nubes que cubría el cielo, hirió el rostro de los seres que se amaban.

Eran, ella, la hermosa castellana que en brazos de un apuesto galán,

olvidaba la palabra con el conde empenada.

Pero. ¡Ah! infelices.

El ofendido esposo, que siguió las huellas de la mujer criminal: que á corta distancia advertía el cuadro, lleno de implacable cólera, se arrojó sobre los amantes como la hiena sobre su presa y la acerada daga que blandía la irritada mano, se pultó en el pecho de la castellana su esposa. Un ¡ay! se escapó del pecho de la dama; último aliento de un alma que huye y una vida que se extingue...

A las voces de auxilio; los pajes del gran señor acudieron y tras de un pugilato entre el ofendido esposo y el adúltero cinico, termino la escena sangrienta, siendo preso el galán y conducido á la mazmorra subterránea del sólido castillo.

Allí sin compasión, sufrió la expiación de una culpa en la que el amor tuvo la mayor parte.

La sentencia impuesta era horrible.

Primero, una calentura, después un desfallecimiento, sucesivos y pertinaces acabaron con una existencia cuyos anhelos y tonterías alentaban el espíritu y una alma grande.

III

Han desaparecido los días, como los fantasmas al nacer el día.

La tradición dice que un duende gime, rie, llora, y grita, en los subterráneos del castillo y que por las noches, sube á la torre y hace juegos de luz ante la que toma formas horribles y medrosas.

Es el caballero, cuyos restos emmohecidos, en el subterráneo descansan.

F. A. DE SARAVIA.

